

JOYAS ANTIGUAS DE ESTANYOL (GERONA)

En esta nota queremos dar a conocer los antecedentes sobre unas joyas antiguas encontradas hace muchos años en el lugar de Estanyol, municipio de Bescanó, a 8 km. al S. O. de Gerona (1).

Fue el arquitecto gerundense don Rafael Masó y Valentí quien nos habló por primera vez de su existencia. Se trataba de tres collares y un anillo. El los conoció por haberlos visto lucir en una fiesta a una dama de la familia Cendra-Homs, poseedora de los mismos. Después, la muerte del Sr. Masó y

la guerra civil, demoraron su publicación completa. Hasta 1945 no obtuve las fotografías adjuntas, que debí a la amabilidad de los citados señores, pero en esta fecha el pequeño tesoro estaba ya reducido a la mitad: dos de los collares, mientras el otro collar y el anillo se habían perdido. En efecto, sus poseedores los tenían depositados en la caja de un banco, y al ser intervenidos estos en 1936, fueron llevadas al depósito, establecido en Figueras, de tales objetos, y en 1939, al reintegrarse a sus propietarios las piezas contenidas en el depósito, sólo aparecieron dos de las joyas. Lo lógico es que se hubiesen perdido o conservado en su totalidad. Es posible que algún día se encuentren las otras dos en algún museo o colección extranjera, pero entonces su identificación será muy difícil, ya que no existe fotografía de las mismas.

El hallazgo.—Tuvo lugar hacia principios de siglo cerca del montículo denominado

(1) Uno de los ejemplares, el que llamaremos Collar núm. 2, fue dado a conocer por nosotros en los *Fasti Archaeologici*, vol. IV, 1951, núm. 4120, figura 99, de donde lo reprodujo Becatti: *Oreficerie Antiche*, núm. 435, con error en las dimensiones y en la procedencia de la fotografía, que es nuestra y no del Museo de Gerona. Con destino a la *Miscel·lania Puig i Cadafalch*, redactamos, mucho antes de la aparición de aquellas publicaciones, una nota para ser incluida en el segundo tomo que había de seguir al primero, ya publicado en 1947. Pero la aparición de aquél ha sido suspendida hasta la fecha.

Puig de la Torre, de Estanyol, que domina el valle del Ter, Gerona y gran parte de la comarca de La Selva. En la cima queda un paredón perteneciente a una derruida torre de planta cuadrada, cuyo último cometido parece fue el del servicio del telégrafo óptico. Según testimonio recogido de la familia de Cendra, uno de los collares fue cogido por la punta de una "fanga" o laya, lo cual significa que el terreno era objeto de cultivo, cuando más tarde, en 1946, era inculto. Las otras tres joyas se encontraron excavando en el lugar del primer hallazgo. Por la vertiente norte del Puig de la Torre, se abrió, en 1945, una carretera de desembosque, sin que apareciese resto antiguo alguno, ni siquiera cerámica. En cambio en una roturación hecha el mismo año, en la parte sur, aparecieron fragmentos de cerámica romana.

Parece seguro que no se encontraron restos de huesos humanos, pregunta en la que insistimos, y que seguramente habrían llamado la atención. Tampoco existían cenizas, ni menos un puchero en el que estuviesen contenidas las joyas, ya que se afirma que no se encontró resto alguno de cerámica. Todo hace pensar no se trataba de una sepultura, sino de un escondrijo. Después, como es de suponer, se hicieron rebuscas exhaustivas sin aumentar el total del hallazgo. Estamos, pues, ante una de tantas ocultaciones de joyas, realizada para preservarlas, y que la muerte de quien conocía el escondrijo acaecida antes de retirarlas, libra, casualmente, a la posteridad.

Las joyas perdidas.—Damos todos los datos que hemos podido procurarnos sobre las mismas, resumidos en una cuartilla escrita a petición nuestra por Manuel Feliu de Cendra, y sólo logrados estos, para no influir en los recuerdos familiares, repasamos en su compañía las láminas de la obra de Marshall (2) llegando a los siguientes resultados:

Anillo.—De oro, con piedra de color rojo vinoso, de tamaño considerablemente grande, de factura muy perfecta, tanto en la montura como en la piedra, muy bien conservado. *Comparación:* Gran parecido con las figuras 365 y 385 de Marshall... "Al prime-

ro se parecía en todo menos en el reborde metálico que se adhiere a la piedra. Y del segundo se distinguía por tener la piedra más abultada". La cronología de estos anillos del British Museum es, según Marshall, muy vaga: "Later Greek and Early Roman".

El collar.—De oro, con piedras de color azul pastel jaspeadas, "aunque de esta segunda circunstancia no puedo responder de modo absoluto". Tamaño "normal en su longitud", de factura perfecta y "de aspecto vistoso". Conservado entero incluso con sus enganches. *Comparación:* Casi igual, incluso en longitud, al reproducido en la figura 1961, de Marshall. "Los broches eran dos cabezas de león, rematadas la una con un gancho y la otra creo que igual. No puedo asegurar si estas cabezas de que hablo eran de león, ya que en esto mi recuerdo es del concepto y no de la imagen".

El ejemplar del British procede de una tumba de Melos, descubierta en 1819, y se clasifica como "Greek of the fine and later periods (about the fifth to the second century B. C.)", fecha como puede apreciarse sumamente vaga. Por la descripción y por el parentesco con el ejemplar de Londres, puede creerse era la mejor de las joyas encontradas en Estanyol.

Los collares conservados.—Los dos collares conservados ofrecen empero un gran interés. Su estado es en general excelente, con leves fallos. El que denominamos collar número 1, es una cadenita cuya parte antigua mide 23 cm. de longitud, y de la que penden 75 bastoncillos. Su cierre es moderno, como la parte terminal de la cadena por ambos extremos. El collar núm. 2, es una cadena de 44 cm. de longitud, por la que corre libremente un colgante en forma de creciente, que lleva engarzado un granate. El cierre es antiguo. No hemos tenido ocasión de pesarlos.

El estudio de estas joyas con vistas a su filiación y datación puede hacerse a base de los tres elementos que presentan: la cadena de ambos collares, los pequeños colgantes del núm. 1, y el gran colgante del número 2. De él se saca una impresión general bastante concreta, pero la fecha no es tan exacta como sería de desear, por el conocimiento poco preciso que se tiene de la joyería antigua, en la cual algunas soluciones técnicas fueron utilizadas durante largo tiempo, siglos enteros, y en lugares diversos.

(2) *Catalogue of the Jewellery Greek, Etruscan and Roman in the Departements of Antiquities, British Museum.* Londres, 1911.

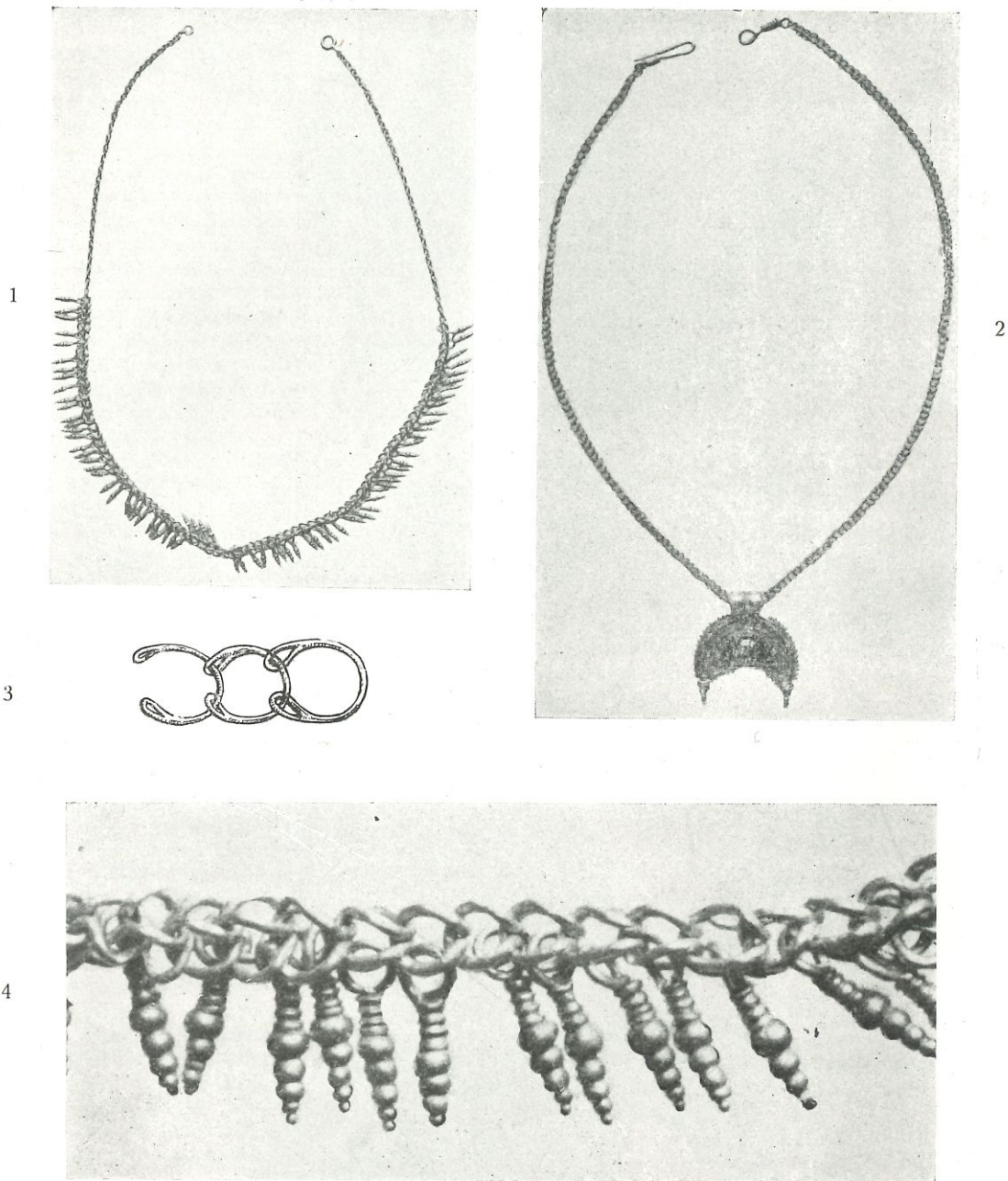
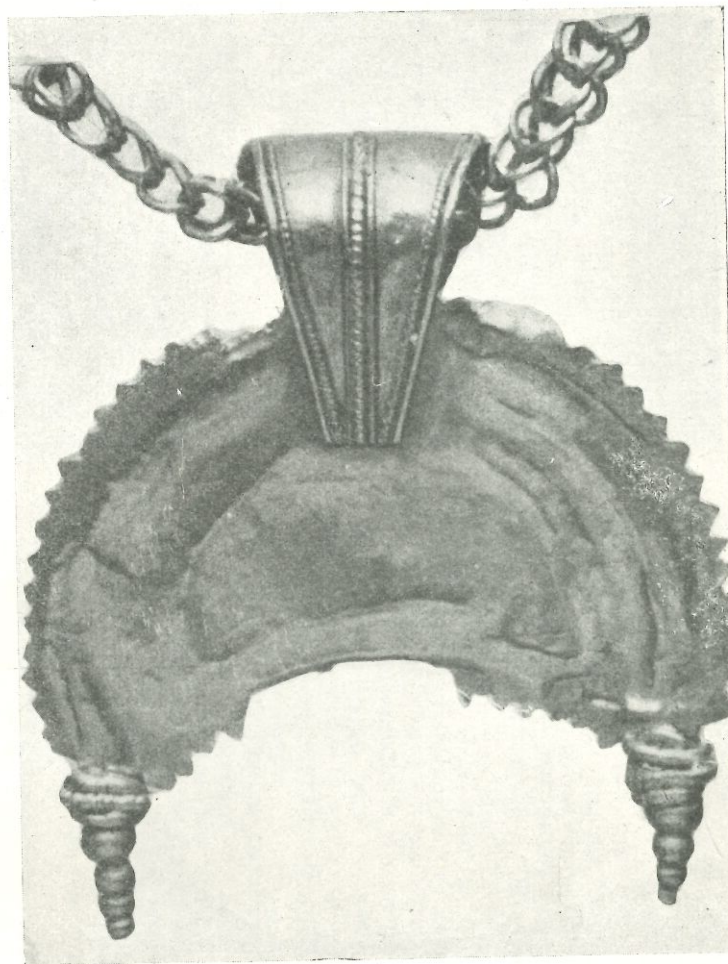
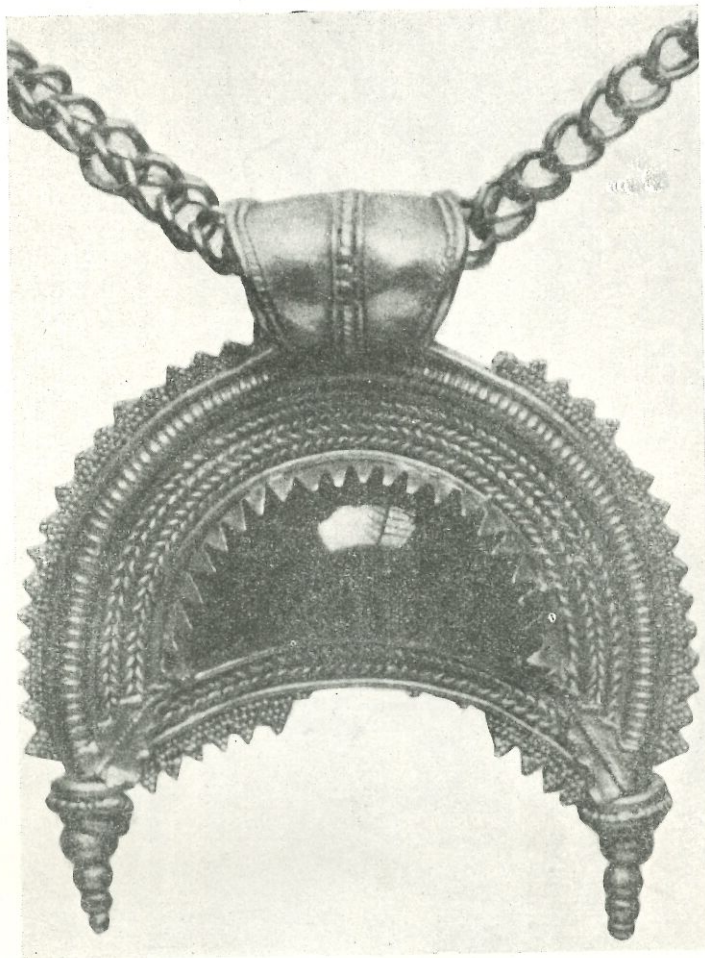


Fig. 1.—Collar núm. 1. Longitud de la parte antigua con los pequeños colgantes: 23 cm.

Fig. 2.—Collar núm. 2. Longitud: 44 cm.

Fig. 3.—Detalle de los eslabones de la cadenilla.

Fig. 4.—Detalle de los pequeños colgantes del collar núm. 1. Miden, con la anillita, nueve milímetros de longitud por término medio.



Figs. 5 y 6.—Colgante del collar núm. 2. Anverso y reverso. Diámetro: 32 mm.

perdiendo por estas causas buena parte de su valor como elementos de datación.

Las cadenas.—Son del mismo tipo en los dos collares, formadas de anillas o eslabones, algo más gruesos en el núm. 1 que en el núm. 2, de la misma manera que el hilo usado en aquél es de mayor diámetro que en éste. Los eslabones del primero miden unos 4 mm. de diámetro, mientras que los del segundo no llegan a 3. En cuanto al grosor del alambre es de 0,7 y 0,4 mm. respectivamente. Todos dibujan la forma de un 8, con las dos circunferencias muy separadas y doblado, de manera que los lóbulos se tocan; esta es la forma de cada eslabón; el siguiente queda insertado en el anterior, pasando el segmento de unión de las dos circunferencias por el interior de las correspondientes al eslabón precedente, y así de manera sucesiva, tal como se ve en el esquema que se acompaña y en las fotografías ampliadas que publicamos. Este tipo de cadena no lo encontramos usado en la joyería indígena hispana, y en cambio es abundantísima en la griega y romana, pero en un período de tiempo extraordinariamente dilatado, que va desde la época micénica al Bajo Imperio, de manera que si es un elemento de importancia para la filiación cultural, carece de ella para la cronología.

Los colgantes del collar núm. 1.—Son en número de 75 y tienen una longitud de 9 milímetros. Una pequeña anilla circular los inserta dentro de los lóbulos de los eslabones de la cadena; debajo de ella vienen cuatro pequeños discos y después cinco diminutas esferas en degradación, de la más grande a la más pequeña, que mide menos de medio mm. de diámetro, pero que, de todas maneras, es mayor que los pequeños granos usados en el granulado que, en el segundo collar, veremos cubre y decora las superficies lisas.

No hemos encontrado paralelos exactos de estos bastoncillos, pero los que penden de ciertos collares procedentes de tumbas de Kyme en la Eolia, fechados en el s. III a. de J. C., caen evidentemente dentro del mismo círculo (3). Observemos que estos pequeños

(3) Marshall, núms. 1943 y 1948. En el repertorio de Becatti, publicado mucho después de la redacción de estas notas, el número 427, un collar procedente de una tumba de Canosa, tiene unos apéndices iguales, en número de 66, que define como "pendaglietti di granuli a stampo". Los forman tres (en vez de cuatro) granos o esferas iguales, y luego cuatro (en vez de cinco) de tamaño decreciente. Lo fecha en el s. III a. de J. C.

colgantes tienen un evidente parentesco con las terminaciones inferiores del gran colgante del collar núm. 2, que estudiaremos a continuación.

El colgante del collar núm. 2.—Es el elemento más interesante para el estudio. Es una pieza en forma de creciente de 32 milímetros de anchura máxima. El reverso es una simple plancha de oro trabajada a martillo. El anverso está presidido por un granate con la misma forma de creciente, en la parte visible, sujeto por medio de dientes triangulares y rodeado por una serie de cordones en filigrana, uno doble en la parte inferior y dos de la misma factura en el arco de círculo de la superior; en ésta aún hay encima otro arco de círculo dibujando pequeños discos. Todo el conjunto va enmarcado exteriormente por triángulos o crestas recubiertas con granulado. Las puntas del creciente se prolongan por medio de sendos apéndices formados por pequeñas esferas que, como hemos dicho, recuerdan claramente los colgantes del collar núm. 1. La unión de estos apéndices al creciente se hace por medio de discos, uno de ellos cubierto con granulado. En fin, como naciendo de estos discos y prolongándose hasta los ángulos del granate, hay dos pequeñas hojas de bordes ondulados, una a cada lado, el nervio de las cuales es un cordoncito retorcido.

El trabajo de esta pieza es de notable perfección técnica. Los granitos del granulado miden menos de 0,2 mm. de diámetro. El resultado es una joya bella y suntuosa.

Existen paralelos exactos de este ornamento, que permiten una determinación cultural y cronológica bastante precisas. Culturalmente los paralelos se encuentran en el mundo clásico, y en cambio no encontramos nada semejante en el arte ibérico o céltico. Ciertamente ni la filigrana ni el granulado son desconocidas en estas artes, pero nos referimos a la forma concreta de creciente presidida por un granate y rodeado por sucesivas filigranas y una crestería exterior con granulación. En el arte clásico tenemos el mismo objeto formando la parte central de diversas arracadas encontradas en excavaciones antiguas de Vulci (fechadas a mediados del s. III a. de J. C.). La similitud llega hasta el punto de tener las puntas del creciente los mismos apéndices hechos de pequeñas esferas soldadas. Otro paralelo exacto lo hallamos en otros pendientes

procedentes de Cerdeña, halladas, parece, en una tumba. Otro colgante parecido procede de una tumba descubierta cerca de Damasco, y se fecha en el s. I d. de J. C. Pero en realidad todas estas fechas son muy imprecisas por corresponder a hallazgos procedentes de excavaciones antiguas (4).

Los cierres de los collares y la sustentación del colgante del segundo collar. — El cierre del collar núm. 1, tal como hemos dicho, es moderno. El del núm. 2 es antiguo y consiste por uno de los lados en dos anillitas unidas por un hilo retorcido de oro, una de ellas enlazada al último eslabón de la cadena que forma el collar y la otra destinada a recibir la parte opuesta del cierre. Esta consiste en un simple gancho muy alargado unido por hilo retorcido a una anillita semejante a las de la parte opuesta, la cual a su vez va montada en el último eslabón de la cadena.

El colgante del collar núm. 2 va sujeto a la cadena por medio de una ancha plancha de oro batido, doblada y soldada por sus extremos al anverso y reverso del creciente, en el anverso por la parte extrema superior, interrumpiendo las crestas granuladas que rodean aquél, y en el reverso, por donde se estrecha, hacia un tercio de su altura. Decoran esta plancha tres líneas de filigrana, una a cada lado y otra, más ancha, en el centro. La anilla formada por esta plancha doblada es lo bastante ancha para que por su interior corra libremente la cadenita que forma el collar.

Consideración final. — Las joyas que estu-

diamos, y también las que han servido para comparación, carecen, las más de las veces, de material arqueológico acompañante. La confusión existente entre la joyería helenística y la romana, es bien manifiesta y natural, ya que la segunda no es más que una perduración y continuación de la primera, elaborada muchas veces por artífices de origen griego, como la mayor parte del arte que llamamos romano. Otra causa de indiferenciación reside en el hecho de que las joyas, lo mismo las depositadas en lugares de culto que en sepulturas, e incluso aquellas que cumplen su función ornamental sobre el cuerpo humano, pueden ser utilizadas durante largos siglos, las sepulcrales colocadas en la tumba fuera del tiempo de su manufactura. Una buena prueba de ello nos la dan las mismas joyas de Estanyol, adornando gargantas femeninas dos mil años después de su época originaria.

Juzgamos tienen un carácter helenístico más que propiamente romano, que nos haría pensar en los siglos IV-III a. de la Era, como el momento de su fabricación, en talleres extrahispanos. Adquiridas por un indígena acaudalado o por un romano, pudieron usarse durante largo tiempo hasta ser ocultadas en un momento de peligro (lo mismo podría tratarse de un peligro colectivo que de otro individual, de los que no dejan rastro alguno en la historia), la fecha del cual es totalmente imposible determinar. — J. de C. SERRA RAFOLS.

(4) Marshall, núms. 1.677, 1.678, 1.681, 2.356 y 2.357.